

“LOS HIZO HOMBRE Y MUJER”

Jutta Burggraf

Al crear al hombre como varón y mujer, Dios quiso que el ser humano se expresase de dos modos distintos y complementarios, igualmente bellos y valiosos. Ciertamente, Dios ama tanto a la mujer como al varón. Ha dado a ambos la inmensa dignidad de reflejar su imagen.¹ ¿Qué puede significar esto?

Lo característico de la imagen no consiste en lo que es materialmente, por expresarlo de alguna manera. Óleo, lienzo y marco no son esenciales. Lo fundamental de una imagen es que remite a otra cosa que está más allá de ella. Cuando miro la imagen, reconozco a una persona o a un paisaje representados en ella.

Así, el ser-imagen-de-Dios expresa que el hombre no está cerrado en sí mismo. Remite a otro, a su Creador. Está en íntima conexión con Dios, que entra en la historia a través de él. Si contemplamos el misterio divino, podemos entrar en nuestro propio misterio.

Ser imagen del Dios del Amor

Dios se nos ha revelado como uno y trino. La Trinidad, podríamos decir, es la vida interior, la misma intimidad de Dios. Esta vida interior es un misterio de donación mutua y constante. La primera Persona se nos muestra como “Padre”, como el “Gran Amante”. Su existencia consiste en salir eternamente de sí mismo y darse a otro, al Hijo. El Padre es lo que es por el Hijo. (No hay padre sin hijo.) Su “personalidad” se realiza en ser Padre del Hijo: está en relación estrecha con otro, con el Hijo, por él, con él y en él que existe. Asimismo, el Hijo es lo que es por el Padre. Su “personalidad” consiste sencillamente en ser “Hijo”, en mirar al Padre, y en corresponder permanentemente al amor que recibe de él. Es por el Padre, con el Padre y en el Padre. Esta relación amorosa está abierta; en ella cabe otro, caben otros. Nos lo muestra el Espíritu Santo, a quien algunos teólogos llamaron el *con-dilecto*. El Espíritu es, misteriosamente, el mismo Amor del Padre y del Hijo; procede de ambos como fruto de su donación mutua. A la vez es el que hace posible la paternidad y la filiación. Por él, con él y en él, el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre. De este modo, el Espíritu consume la unidad de las tres Personas divinas; y nos revela que la esencia de Dios –su vida interior e íntima– es una comunión de amor.²

¹ Cfr. *Gn* 1,26-28.

² Cfr. 1 *Jo* 4,16. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est* (25-XII-2005).

El hombre, por ser imagen de Dios, “tiene la dignidad de *persona*: no es solamente algo, sino alguien.”³ Es capaz de conocer y amar. Tiene profundidades impensadas de entendimiento, libertad y creatividad. Es alguien, en definitiva, cuya dignidad está fundamentada en Dios. “Lo más profundo, que hay en mí, no procede de mí,” afirma Gabriel Marcel.⁴

Tradicionalmente, se ha dicho con frecuencia que *una dimensión* del hombre, la más noble, sea la imagen divina, que radicaría en el alma y no en el cuerpo. Esto ha llevado a no pocos autores cristianos a una marcada tendencia dualista. Algunos recordarán frases como: “a Dios le interesan todas las almas”, o el hablar de “pecados de la carne” y “pecados del espíritu”... Hoy se ha superado en buena parte este dualismo. *Todo el ser humano*, con su alma y su cuerpo y sus posibilidades de acción, es imagen de Dios. La imagen divina es constitutiva del hombre, pertenece a la misma estructura de su ser. No es algo añadido. Dios no crea al hombre, y luego le *da* su imagen. El hombre no *tiene* una imagen de Dios, sino que *es* imagen de Dios desde el principio.

El sentido de la sexualidad humana

Es relativamente fácil aceptar que el alma del hombre muestra una cierta semejanza con lo divino, que puede reflejarse, en ciertas circunstancias, en la dimensión corporal. La Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, irradió tanta bondad que el esplendor de Dios se reflejó en su rostro.

Sin embargo, el cuerpo humano no sólo manifiesta de modo excepcional, sino siempre la imagen divina. Lo hace precisamente a través de la sexualidad. Es cierto que la sexualidad, en todas sus manifestaciones, parece a veces un espejo muy empañado de la gloria divina; pero se trata de una consecuencia del pecado que confirma la conocida sentencia: “*Corruptio optimi pessima.*”

¿Por qué Dios ha hecho al hombre como varón y mujer? ¿Por qué quiso que el ser humano se expresase de dos modos distintos y complementarios?⁵ La procreación no puede ser la única razón, ya que ésta sería también posible de forma partenogenética o bien asexual, o por otras posibilidades como las que se pueden encontrar, en gran diversidad, en el reino animal. Estas formas alternativas son al menos imaginables y darían testimonio de una cierta *autosuficiencia*.

³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 357.

⁴ Cfr. también *Hb* 17,28, citando a los poetas griegos: “El hombre es de la raza de Dios.”

⁵ Cfr. *Gn* 2, 21-23.

La sexualidad humana, en cambio, significa una clara *disposición hacia el otro*. Manifiesta que la plenitud humana reside precisamente en la relación, en el ser-para-el-otro.⁶ Impulsa a salir de sí mismo, buscar al otro y alegrarse en su presencia. Es como el sello del Dios del Amor en la estructura misma de la naturaleza humana. Aunque cada persona es querida por Dios “por sí misma”⁷ y llamada a una plenitud individual, no puede alcanzarla sino en comunión con otros. Está hecha para dar y recibir amor. De esto nos habla la condición sexual que tiene un inmenso valor en sí misma. Ambos sexos están llamados por el mismo Dios a actuar y a vivir conjuntamente. Esa es su vocación. Se puede incluso afirmar que Dios *no* ha creado al hombre varón y mujer para que engendre nuevos seres humanos, sino que, justo al revés, el hombre tiene la capacidad de engendrar para perpetuar la imagen divina que él mismo refleja en su condición sexuada.

Identidad y alteridad

La sexualidad habla a la vez de identidad y alteridad. Varón y mujer tienen la misma naturaleza, pero la tienen de modos distintos, recíprocos. En cierto sentido se complementan. “Ninguno de los dos puede ser por sí mismo todo el hombre –destaca el teólogo Von Balthasar–; ante él está siempre la otra manera, para él inaccesible, de serlo.”⁸

La diferencia sexual no es ni irrelevante ni adicional, ni tampoco es un producto social. No es una mera condición que igualmente podría faltar; no es una realidad que se pueda limitar sólo al plano corporal.

Como la persona entera es varón o mujer, “en la unidad de cuerpo y alma”,⁹ la masculinidad o feminidad se extiende a todos los ámbitos de su ser: desde el profundo significado de las diferencias físicas entre el varón y la mujer, y su influencia en el amor corporal, hasta las diferencias psíquicas entre ambos, y la forma diferente de manifestar su relación con Dios. En efecto, hasta la última célula del cuerpo masculina es masculino, y hasta la última célula del cuerpo femenino es femenina. Y aunque no se pueda constatar ningún rasgo psicológico o espiritual atribuible a sólo uno de los dos sexos, hay, sin embargo, características que se presentan con una frecuencia especial y de manera pronunciada en los varones, y otras en las mujeres. Es una tarea sumamente difícil distinguir en este campo.

⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (= GS): “Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio los creó hombre y mujer. Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas.” 12 (cfr. 9 y 60).

⁷ Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1985), 7, 10, 13, 18, 20 y 30.

⁸ H. U. VON BALTHASAR, *Teodrammatica* II, Milano 1982, p.348.

⁹ GS 14.

Probablemente nunca será posible decidir con exactitud científica lo que es “típicamente masculino” o “típicamente femenino”, pues la naturaleza y la cultura, las dos grandes modeladoras, están entrelazadas muy estrechamente desde el principio de la vida humana. Pero el hecho de que varón y mujer experimentan el mundo de forma diferente, solucionan tareas de manera distinta, sienten, planean y reaccionan de manera desigual, lo puede percibir y reconocer cualquiera, sin necesidad de ninguna ciencia.

El varón y la mujer se complementan en su correspondiente y específica naturaleza corporal, psíquica y espiritual. Ambos poseen valiosas cualidades que les son propias, y cada uno es en su propio ámbito superior al otro.

Realizarse en el amor

Según algunas interpretaciones antiguas, Adán sale al encuentro de Eva, tal como Dios sale al encuentro de la humanidad. Por tanto, el varón sería activo, representando a Dios; la mujer, en cambio, sería pasiva, representando a la humanidad. Para superar esta argumentación, no hace falta repetir las protestas feministas al respecto. Basta apelar a nuestra experiencia diaria para destacar que la mujer no es pasiva en absoluto. En todo caso, es *receptiva* en su feminidad, siendo imagen de Dios igual que el varón.

Recordemos que en el interior de la Trinidad se nos revela una vida insondable de comunión plena y feliz. El Padre da al Hijo todo lo que es, el Hijo lo recibe y devuelve con igual generosidad al Padre, y ambos actúan en el Espíritu que es el mismo Amor. Contemplando este misterio podemos descubrir que el amor “perfecto” no consiste en dar... y dar... y dar, sin querer nada a cambio. (En el ámbito humano, esta actitud puede expresar una confusa necesidad de ser importante, y puede resultar agobiante para el otro.) El amor perfecto consiste en dar y en recibir; esto es así incluso en la intimidad divina. El poder recibir también es una exigencia del amor y, para nosotros, puede ser incluso más costoso que dar, porque exige humildad.

Volviendo a la relación entre los sexos, es evidente que no sólo el varón da y la mujer recibe. El amor al que ambos están llamados se expresa en una entrega libre y recíproca. Pero ésta sólo es posible, si es mutua también la disposición a recibir. Así la receptividad, junto a la entrega, aparece como otro elemento constitutivo de la comunión, que, por cierto, tiene efectos positivos en ambas direcciones. Pues al recibir, se enriquece, fortalece y hace feliz también al otro, dado que la receptividad en sí es ya uno de los mayores dones que se le puede hacer a otra persona. Así se ve

que la receptividad también apunta a una actividad, pero a una actividad que acepta, interioriza y está al servicio de la profundización de la acción del otro. Aparte de todo eso, sólo se puede comprender íntegramente la receptividad, reconociendo en ella una manera especial de actividad, de expresión, de creatividad.

Sin el *otro*, la persona humana se siente “sola” (como Adán en el paraíso), y experimenta su propia carencia. Por esto, el varón tiende constitutivamente a la mujer, y la mujer al varón. No buscan una unidad andrógena, como sugiere la mítica visión de Aristófanes en el “*Banquete*”, pero sí se necesitan mutuamente para desarrollar plenamente su humanidad. La mujer es dada como “ayuda” al varón, y viceversa, lo que no equivale a “siervo” ni expresa ningún desprecio. También el salmista dice a Dios: “Tú eres mi ayuda.”¹⁰

A partir de la experiencia primaria sabemos que no se trata necesariamente de la relación entre un único varón y una única mujer. La reciprocidad se expresa en múltiples situaciones diversas de la vida, en una pluralidad policroma de relaciones interpersonales, como las de la maternidad, la paternidad, la filiación y fraternidad, la colegialidad y amistad y tantas otras, que afectan contemporáneamente a cada persona. Algunos destacan, por tanto, que se trata de una “reciprocidad asimétrica”.

Maternidad y paternidad

Según la distribución estadística, algunas aptitudes se encuentran con más frecuencia en el varón, y otras preferentemente en la mujer. Pero, como es obvio, esto no dice nada acerca del varón individual o de la mujer individual. Aunque algunas cualidades se observen más a menudo en los varones, no obstante, en casos concretos pueden hallarse de manera más patente en las mujeres, y viceversa. Pues cada persona posee sus particularidades y sus predisposiciones individuales, y conforme a éstas ha recibido dotes artísticas, técnicas, científicas, sociales o prácticas. Ambos sexos son capaces, en un principio, de toda actividad intelectual y espiritual.

El varón y la mujer no se distinguen, por supuesto, a nivel de sus cualidades intelectuales o morales, pero sí en un aspecto mucho más fundamental y ontológico: en la posibilidad de ser padre o madre, y en las características que derivan de ello.

Ahora bien, si afirmamos que la posibilidad de engendrar no puede ser la única razón de la diferencia entre los sexos, no debemos centrarnos

¹⁰ *Salmo* 70,6. Cfr. *Salmo* 115,9.10.11; 118,7; 146,5.

exclusivamente en la paternidad común, aunque ésta, sin duda, muestra un especial protagonismo y una confianza inmensa de Dios.

Pero ser mujer, ser varón, no se agota en ser respectivamente madre o padre. Considerando las cualidades específicas de la mujer, se ha reflexionado, a veces, sobre la “maternidad espiritual” o –como el Papa Juan Pablo II– sobre el “genio de la mujer”.¹¹ Constituye una determinada actitud básica, que corresponde a la estructura física de la mujer y se ve fomentada por ésta.

En efecto, no parece descabellado suponer que la intensa relación, que la mujer guarda con la vida, pueda generar en ella unas disposiciones particulares. Así como durante el embarazo la mujer experimenta una cercanía única hacia un nuevo ser humano, así también su naturaleza favorece el encuentro interpersonal con quienes la rodean.

Nuestra vida no consiste exclusivamente en el planeamiento de magníficos proyectos, sino en miles de pequeñeces sucesivas. Sin la superación de éstas tampoco se puede realizar nada “grande”. Algunas personas se encontrarían perdidas en el mundo, si no tuviesen a su lado a alguien que les ayudara a orientarse en la vida real. La mujer tiene un talento especial para ayudar al ser concreto a desarrollarse.

El “genio de la mujer” se puede traducir en una delicada sensibilidad frente a las necesidades de los demás, en la capacidad de darse cuenta de sus posibles conflictos interiores y de comprenderlos. Se la puede identificar, cuidadosamente, con una especial capacidad de mostrar el amor de un modo concreto. Consiste en el talento de descubrir a cada uno dentro de la masa, en medio del ajetreo del trabajo profesional; de no olvidar que las personas son más importantes que las cosas. Significa romper el anonimato, escuchar a los demás, tomar en serio sus preocupaciones, mostrarse solidaria y buscar caminos con ellos. A una mujer sencilla no le cuesta nada, normalmente, transmitir seguridad y crear una atmósfera en la que quienes la rodean puedan sentirse a gusto.

Donde hay un “genio femenino” debe haber también un “genio masculino”. ¿Cuál es el talento específico del varón? Éste tiene por naturaleza una mayor distancia respecto a la vida concreta. Se encuentra siempre “fuera” del proceso de la gestación y del nacimiento, y sólo puede tener parte en ellos a través de su mujer. Precisamente esa mayor distancia le puede facilitar una acción más serena para proteger la vida, y asegurar su futuro. Puede llevarle a ser un verdadero *padre*, no sólo en la dimensión

¹¹ Cfr. J. BURGGRAF, *Juan Pablo II y la vocación de la mujer*, en “Scripta Theologica” 31 (1999/1), pp.139-155.

física, sino también en sentido espiritual.¹² Puede llevarle a ser un amigo imperturbable, seguro y de confianza. Pero puede conducirle también, por otro lado, a un cierto desinterés por las cosas concretas y cotidianas, lo que, desgraciadamente, se ha favorecido en las épocas pasadas por una educación unilateral.

Las diferencias sexuales comprenden puntos fuertes y flacos, que se han expresado de múltiples formas a lo largo de la historia. Han sido, a la vez, objeto de apreciación diversa. La primacía de la fuerza física ha “producido” con frecuencia la prepotencia del varón y la minusvaloración de la mujer.

Hoy en día hemos superado, en gran parte, los exclusivismos de los tiempos pasados. Se ha llegado a un trato de colaboración con las mujeres. Estas no son concesiones semiforzadas al espíritu de los tiempos, sino una consecuencia clara de un conocimiento más profundo del plan divino sobre la creación.

Colaborar en la creación

Una persona sólo puede vivir y desarrollarse sanamente, cuando es aceptada tal como es, cuando alguien la quiere verdaderamente, y le dice: “Es bueno que existas.”¹³ Hace falta la *confirmación* en el ser para sentirse a gusto en el mundo, para que sea posible adquirir una cierta estimación propia y abrirse a los demás. El mismo Jean-Paul Sartre afirmaba: “En el fondo, la alegría del amor – si es que se da dicha alegría -, consiste en sentirnos justificados para existir.”

En este sentido se ha dicho que el amor continúa y perfecciona la obra de la creación.¹⁴ El amor es, realmente, creador: Si yo doy, el otro da; la entrega suscita entrega. El amor comunica fuerzas para vivir y ayuda a crecer. Todos estamos llamados a participar en esta dinámica fascinante.

Sin embargo, la prensa internacional nos informa que, hace algún tiempo, se ha inventado un nuevo modelo de vida, que no radica en la recíproca complementariedad entre el varón y la mujer. No me refiere al llamado “*matrimonio gay*”, sino a un ulterior desarrollo, que no contempla ninguna relación a otro, sea masculino o femenino. En los Países Bajos, ha surgido el llamado “*matrimonio single*”, celebrado formalmente, por primera vez, hace tres años. El 28 de mayo de 2003, Jennifer Hoes, una estudiante de 29 años, se ha casado consigo misma. ¡La mujer de su vida es

¹² Paternidad espiritual supone liberarse del egocentrismo, “ser conquistado por el amor”. Cfr. K. WOJTYLA, *Radiation of fatherhood*, en IDEM, *The Collected Plays and Writings on Theater*, Berkeley 1987, p.355.

¹³ J. PIEPER, *Über die Liebe*, München 1972, pp.38s.

¹⁴ Cfr. *ibid.*, p.47.

ella misma! La ceremonia del enlace tuvo lugar en el antiguo municipio de Haarlem y en presencia de toda la familia y un nutrido grupo de amigos. Ante un notario bien preparado, Jennifer juró amarse, respetarse y honrarse hasta el fin de su vida -en días buenos y malos-, mientras que algunas de sus sobrinas le lanzaban flores y la orquesta tocaba música de boda. “Vivimos en una sociedad egoísta –comentó la novia-. ¿A quién puedo jurar fidelidad sino a mí misma?”¹⁵ Podríamos preguntar a Jennifer con un poco de ingenuidad: y si encontraras algún día el hombre de tu vida, ¿tendrías que divorciarte?

En efecto, con el invento del “*matrimonio single*”, el rechazo de la propia naturaleza ha alcanzado un límite difícilmente superable. Pero si no aceptamos lo que somos, es prácticamente imposible desarrollarnos cabalmente. El hombre no puede estar cerrado en sí mismo. Está creado para abrirse al mundo y entrar en un movimiento continuo hacia Dios y hacia los demás.

Un mundo habitable

Ser-imagen-de-Dios significa capacidad de relación. La “imagen”, por tanto, no se refiere sólo al hombre en particular; se refleja también en las relaciones humanas de comunión y amor. “Si consideramos al individuo en sí, entonces llegaremos a ver tanto del hombre como vemos de la luna – destaca Martín Buber–; sólo el hombre con el hombre es una imagen cabal.”¹⁶ A semejanza de la vida íntima de Dios, la persona humana se realiza en la donación a los demás. Dios es Amor; y el hombre, su imagen, ha sido creado para dar testimonio de ese Amor, para salir de sí mismo y servir a los demás.¹⁷ Se puede, incluso, decir que su autorrealización más profunda consiste en ayudar a los demás a ser ellos mismos.

El hombre se desarrolla verdaderamente, cuando se trasciende a sí mismo, cuando mira a otra persona a la que quiere amar y para la quiere vivir. Es un ser *en sí* y un ser *con otros* y *para otros*, imagen de Dios Trino. Solamente en la relación con otra persona, es capaz de conocerse a sí mismo y de encontrar la plena realización de su personalidad. Corresponde a su estructura intrínseca vivir en relación. La amistad, el amor, la preocupación por otros y la participación en el destino de los demás no son algo casual, decorativo, y al fin y al cabo superfluo para la persona humana, sino que son absolutamente imprescindibles para la maduración espiritual y para la felicidad.

¹⁵ Cfr. *Der Homo-Ehe folgt die Single-Ehe*, en “Komma” (16/2003), p.27.

¹⁶ M. BUBER, *¿Qué es el hombre?* México - Madrid - Buenos Aires 1990, p.151.

¹⁷ Cfr. GS 24: “El hombre, única criatura que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud, si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás.” - Cfr. también 12 y 30.

El hombre está llamado a dar y recibir amor a muchos niveles distintos. Se puede relacionar con otras personas en todos los sectores de la sociedad, en la cultura y el arte, la política y la economía, en la vida pública y en la privada. En todos los ámbitos, varones y mujeres se encuentran ante el reto de construir juntos un mundo habitable. Este mundo llegará a su plenitud en el momento en el que ambos sexos le entreguen armónicamente su contribución específica, en el dinamismo de una unidad que no elimina la reciprocidad.